

Lester Thurow y las ideas morales de los economistas del MIT

Cándido PÉREZ GÁLLEGO

Parece necesario entrar en Lester Thurow con amplitud. El decano de la «Sloan School of Management» del MIT advierte que España debe hacer lo mismo que Japón: enviar docenas, y hasta cientos de jóvenes investigadores a formarse. Esta propuesta conduce a pensar que en el MIT está la solución a nuestro país, tal y como lo aseguraba en una entrevista (*ABC*, 25 de enero de 1993). Esta idea del conocimiento nómádico lleva a una búsqueda del liderazgo europeo y a una formación de esquemas dinámicos que, en su imagen de «futuro del capitalismo», se va perfilando en la mente de este profesor genial que lleva años a la cabeza de la economía mundial a la busca de un nuevo modelo educativo que perfile la dinámica de sistemas unificadores de esquemas. Sus ideas sobre temas como la familia son demoledoras (habiendo llegando a advertir que ésta se halla en vías de extinción), y espera un amplio ejercicio de coordinación entre Estados Unidos, Japón y Europa. El único enemigo ya no es el comunismo, dice con ironía, sino el capitalismo, y estas ideas van forjando un esquema de atractivos márgenes y reflejos para así volver a conceder valor al material humano, tal y como repitió en Madrid el 6 de febrero de 1993 en el Club de Debate de la Universidad Complutense: «Enséñenme un país con gente preparada y les mostraré un país rico». Estas ideas son las que le hacen atractivo, pues sale de su doctrina económica para entrar en aspectos formativos.

Cuando, en 1989, publicó *Dangerous Currents: The State of Economics*, entró en el tema de las «corrientes peligrosas», donde se abre a los más dilatados márgenes del pensamiento económico haciendo una defensa muy matizada de los métodos científicos y colocando todo su pensamiento junto a una «escuela social». Esta manera de poner a Thurow junto a Riesman, Parsons, Lipset o Merton nos haría buscar un nuevo horizonte revelador, ya que la presencia obsesiva de los factores «exógenos» (la cual no estaba prevista) hace que cualquier sistema se mueva de un modo torpe tantas veces y son evidencia de triunfo. «Ningún conjunto de

datos puede perturbar una teoría»: esta idea, que se debe acercar a Friedman y Samuelson, se abre hacia Adam Smith y para imaginar el gran tema de la subasta de precios en el mundo, el obsesivo y continuo equilibrio que se establece de modo necesario por el valor de las cosas. Estas ideas buscan «puntos de partida», y se colocan con vigor en un modelo. Seguir a Schumpeter mientras sea posible para así moldear un horizonte de relaciones dinámicas inmediatas.

Un modo nuevo de «hacerse entender» que lleva consigo una nueva imagen teórica de la economía participativa, y es así como el MIT, con sus 36 premios Nobel, se coloca en un lugar de posibilidad inmediata para todos. Esta actitud me trae a la memoria las palabras de un biólogo del centro Robert H. Horowitz que hablan del suicidio de las células vivas: este lenguaje debe relacionarse con las situaciones límite que es necesario vencer y soslayar. La muerte de una célula es, en cierto sentido, el final de un sistema vivo que se puede comparar a la desaparición de unas ideas «vitales» que se van desgajando de un programa activador. Tampoco se debería alejar esta imagen de las ideas de Rudi Dornsbuch, ya que muchas de sus observaciones económicas tienen un paradigma —pienso ahora en Khun— de vigorosa vitalidad. Este modo desazonar conduciría a una especie de tributo emersoniano —más propicio en Harvard— de que la realidad obsesiva de la «Sloane School of Management» sea como un modelo donde confluyan esas ideas biológicas de pervivir y evitar el aniquilamiento de los anticuados esquemas de subsistencia.

No debe extrañarnos que hasta Negroponte haya estudiado arquitectura y que reconozca la deuda de muchos «conceptos válidos» en esa disciplina. «Debemos concebir los edificios como enormes dispositivos electrodinámicos», y hacer de cualquier artificio sintáctico una analogía de un ente que se está construyendo para crear un ámbito adecuado. Esta idea es muy importante, ya que nos acercaría a los símiles necesarios para entrar en el mundo del consumo, y el hecho de que nos hable de «llenar y rellenar» nos está colocando en un punto de enorme sutilidad. Los símiles analógicos parecen demasiado obvios, pero, sin embargo, se constituyen como un artificio de semejanzas que funciona como si fuera un «ejemplo sintáctico» con vida propia. Paul Krugman puede hablar de los «congestion effects», y hasta del «deeper concerni», y desde ese modelo se puede enhebrar una teoría de la «habitación» como si fuera la aceptación reiterada de un lenguaje válido para moverse por una arquitectura sólidamente elaborada. Incluso, en otra ocasión, Rodney Brooks menciona la «physical dexterity» de la vida cotidiana, y estos ejemplos pueden hacer pensar que estamos en un horizonte donde Frank P. Davidson establece una necesidad continua de perfeccio-

namiento de las tecnologías para entrar así en un «análisis completo del dispositivo que estamos utilizando. Tal y como Thurow predica, estas ideas, desde su triple realidad, se abren hacia imágenes de Jerome Friedman al proferir que debemos buscar lenguajes estratégicos antes que lenguajes cognitivos, y se abren hacia un mundo donde Habermas ya ha advertido que debemos conservar la tradición del lenguaje crítico, y esta idea, desde su origen alemán en *Theorie und Praxis* (1963), se abre hacia funciones lógicas mucho más tradicionales en un ámbito como el MIT, donde lo arriesgado parece ser la última forma de entender la economía.

Thurow insiste en la necesidad de «ofertar algo distinto», de buscar un cambio en la expectativa de la realidad, y de aquí que las ideas estratégicas —y aquí volvemos a Parsons— muestran gran importancia; pero es el gobierno, y no el particular, quien debe generar una mano de obra cualificada para que las empresas «estratégicas» salgan adelante, siempre advirtiéndole que debemos huir del pensamiento local de la economía e inscribirla en una imagen global. Éste es el mayor reto, recuerda una y otra vez el pensador del MIT, un hombre al que le gusta que le llamen «educador económico» y que insiste en que cada país solucione sus problemas «a su manera» y no imitando a la economía americana y siguiendo las ideas de Robert Reich en todo lo relativo a mentalización de las normas de pensamiento social. Hay que dar todo el poder posible a los sindicatos, nos advierte, para crear así un mundo que en su libro *La guerra del siglo XXI* (traducido al español en 1993), es observado con rigor y con ese narcisismo expositivo que tantas veces le sigue en todo el MIT, donde se ha convertido en un dios de las finanzas. Aquí es donde *Dangerous Currents: The State of Economics* (84) se va superando en un modelo mental de brillantez admirable donde lo mismo Adam Smith que Keynes quedan examinados con rigor entre un enjambre más de nombres eminentes.

Cuando Rudi Dornbusch habla de un «finantial combat» sabe muy bien a lo que se está refiriendo, pues en el MIT, por debajo del ámbito metafórico, hay una realidad inmediata y concreta, y es por eso que utilizar el verbo «avoid» conduzca a toda una teoría del comportamiento llena de atractivos márgenes decorados con un extraño aroma de paternalismo. Ésta es la «ética bondadosa» de las más cruentas decisiones y que hasta Negroponte expresa cuando hace apología salvaje del mundo digital como si fuera la única razón para subsistir. Las «thinking machines» son casi una metáfora de la realidad total de un MIT que se mueve como un mecanismo de precisión admirable, y por eso las argumentaciones en Harvard de Jeffrey Sachs se deben entender en muchas ocasiones como una

contraposición del mundo de la riqueza y de la pobreza, tema que nos remite a Amantia Sen y que orienta nuestro rumbo hacia una argumentación «mecanicista» más sólida en el MIT. Ésta es la engañosa moral de la «economía viva» cuando advierte que la articulación de la información llevará más y más al ocio. Seguimos en la Arcadia de *The Machine and the Garden*. Como si no se pudiera abandonar ese esquema romántico de gratitud keynesiana.

El punto de partida de Thurow es que el capitalismo ha vencido al comunismo y al socialismo, pero el consumo es excesivo, y las diferencias entre ricos y pobres son cada vez más profundas. Cada vez se tienen menos hijos y «la familia está en peligro de extinción y durará muy poco». «El actual sistema económico no es congruente con la imagen de la familia tradicional»: la mujer se mueve entre «salir a trabajar» y «quedarse en casa con los niños», y elige la fórmula que mejor le parece según cada caso. Estamos en un mundo sin sistemas paternos que lleva hacia una imagen del capitalismo global donde no hay fronteras y sólo se establecen normas totales. La familia desaparecería debido a la presión económica y no por problemas sociales: la economía destruiría los «valores familiares», y no sería posible compatibilizar capitalismo y familia. El capitalismo es el único lenguaje que rige hoy la vida. Es una doctrina solitaria que no tiene ningún enemigo en su mismo sistema de creencias, tal y como Ramis explicaría. Estaríamos en un mundo «sin enemigos», puesto que ya no existe aquel comunismo contra el que luchar. Viviremos sin familia pero con distintos tipos de capitalismo, el mundo se irá extinguiendo al no propagarse la especie y se pasará a intentar crear una doctrina económica para que la mujer se quede en el hogar con los niños.

La ironía se hace trágica: todos luchando con las creencias de nuestro sistema interior. América no podrá dictar normas capitalistas, pues ya todas las naciones marcarán esa creencia en un mundo sin comunismo. Estas doctrinas las expone en el MIT de Boston en la creencia de que América puede crear algunas normas como «Microsoft», «Disney» o «Coca-Cola», y desde su puesto de catedrático de economía en el MIT, y contando en la actualidad con 60 años, va forjando el código que le hizo dirigir la mítica «Sloane School of Management» de 1987 a 1994 y trabajar en colaboración con Robert Reich, hasta hace poco ministro de Clinton. Reconociéndose seguidor de Keynes, busca un estado y unos sindicatos fuertes, de aquí sus acerbos polémicas con su colega del MIT Paul Krugman. Afirma que ya no hay fronteras y que pronto la misma tierra vivirá situaciones económicas muy parecidas, ya que no hay ninguna oposición radical al sistema y se debe pensar de manera global.

Tenemos que cambiar la economía de todo el mundo, no la de un país determinado; no hay que olvidar que el dinero se mueve de un país a otro. China será el mejor país para invertir en el futuro, y Alemania deberá llevar el timón de Europa. La economía japonesa se precipita hacia el caos, y es la peor del mundo. La economía española funciona mientras acuden capitales extranjeros. Todos los países tienen que tener sus empresas para el «juego mundial». Holanda tiene la Phillips y la Shell, Suecia la Volvo, Suiza la Nestlé y la Roche. La imagen de la totalidad centrada en situaciones donde se puede dar una posible garantía de creación de un producto propio atractivo, garantías de buscar con pasión un orden económico que sea un proyecto moral.

No todo son alabanzas para el MIT. El 26 de diciembre del 2001 en el prestigioso *Herald Tribune* se leía una noticia para muchos desoladora. Harvard empezaba a batir y ganar en economía al MIT y ese triunfo sin duda se debía a la habilidad política del nuevo rector de la universidad más antigua de Estados Unidos, Lawrence Summers, en tiempos secretario del tesoro que supo crear una ideología que Oliver Hard, director del Departamento de Economía, impulsaría de modo innovador. Incluso se pensaba cuando en 1940 Paul Samuelson dejó Harvard para ir al MIT y que continúa con la llegada de Robert Solow. Y hasta en 1993 dos mentes preclaras del MIT lo dejaron para irse al «Littauer Center», y estos profesores, Hart y Fudenberg dieron prueba de que algo estaba cambiando. Por eso que sabios como Negroponte en el MIT sirvan para compensar esta situación momentánea y el «Media Lab» sea hoy casi un lugar de pensamiento económico. Y se puedan alinear de modo simbólico al hace poco desaparecido Rudi Dornsbuch y algunos pensadores monetaristas que poblaron el MIT como Paul Krugman, Jeffrey Frankel, Ken Rogoff o Maurice Obstfeld que parecían moverse en ideas de cambio y recuperación que no estarían muy alejadas de la «teoría de la acción comunicativa» que Habermas hacia años establecería. Samuelson está escondido en estos recintos y la creación de este mundo «disyuntivo» es el ejemplo de un orden que intenta imitar a Negroponte y la búsqueda obsesiva de los «resultados obvios inmediatos». Nuevos esquemas se incorporan en la economía y Lester Throw no es ajeno a ese vaivén de argumentos que surgen con atractiva insistencia ideológica. Una mente admirable.